

El pueblo, recobrando la fe en Dios y en la patria, se sintió capaz de creerlo y poderlo todo, y los pervertidos Armagnacs se doblegaron á las humildes y castas virtudes. Los Ingleses cobraron tal miedo, que los nuevos refuerzos se negaron á venir de Inglaterra, y aunque Eduardo hizo correr voces de que Juana era una hechicera, fué de nuevo derrotado en Patay; el tembloroso rey de Boirges vió crecer su ejército cada día y estrellarse la prudencia ante el entusiasmo, y á pesar de su miedo fué conducido á Reims por la doncella, y coronado.

17 de julio.  
1429.

Juana, habiendo concluido su mision, pidió que la permitiesen volver á su casa á usar su piadoso cayado; pero ni el rey ni los grandes accedieron á su demanda. Desde entonces pareció que cesaron las comunicaciones celestiales; ya no había decretos superiores allí donde bastaba la prudencia humana; combatía aun con valor, pero no era ya el querubin de la victoria, y quizá el feroz placer de las batallas y la alegría salvaje del triunfo invadieron la pureza de su inocencia. Las realidades de un mundo perverso turbaban sus dulces fantasías, y para recobrar estas se refugiaba á menudo en algun oratorio de frailes, preparándose para la comunión en medio de un coro de niños. Por último, en el puente de Compiègne cayó en manos de los Ingleses y los *Te Deum* que se cantaron y las luminarias que se encendieron, demostraron cuán temible les era Juana, y cuán llenos estaban de ira y de humillación.

1430.  
24 de mayo.

Proceso  
de  
Juana  
de  
Arco.

Entonces principió uno de esos procesos que son la deshonra de aquel tiempo. Juana fué encerrada en el castillo de Beaulieu y despues en el de Beurevoir, y aunque los suyos la exhor-

hallado alrededor de este árbol desde que tuve uso de razon. Pocas veces suelo ver á las Santas sin estar rodeadas de esplendor: veo su rostro; pero en cuanto á sus vestidos, sus cabellos, brazos y demas miembros, si los tienen, no puedo decir nada. Siempre se me aparecen bajo la misma forma, y no he hallado ninguna contradiccion en sus palabras. Distingo á una de otra por el tono de la voz y por el saludo, porque me llaman siempre que principian á hablar.

» Las Santas Catalina y Margarita llevan en la cabeza ricas y preciosas coronas, como lo merecen: comprendo bien lo que me dicen, tienen una voz dulce, flexible, amorosa y hablan bien el frances. Quisiera que todos las oyesen tan claro como yo. Antes y despues de la libertad de Orleans, hablando conmigo, me han llamado varias veces *Doncella Juana. Hija de Dios*. Las Santas Catalina y Margarita de tiempo en tiempo me mandan que me confiese. Vienen sin que yo las llame, y si tardasen rogaria á Dios que las enviase; pero siempre que he tenido necesidad de ellas han venido en seguida.

» Siento grandísima alegría cuando San Miguel, los ángeles y las Santas se me aparecen, porque me persuado de que no estoy en pecado mortal, pues si lo estuviera me abandonarían al momento. Cuando se me aparecen los honro todo lo que puedo, y nunca será lo bastante, porque están en el reino de los cielos. Durante la misa, he ofrecido varias veces un cirio al sacerdote, para que lo encendiese delante de la imagen de Santa Catalina en honor de Dios, de la Santísima Virgen María y de la Santa. También he adornado varias veces con coronas las imágenes de ambas Santas, y cuando se me presentan me arrodillo siempre, y si alguna vez no lo hago las pido perdón. Cuando San Miguel y los ángeles me abandonan, beso la tierra en que pisaron y me inclino delante de ellos. Las Santas Catalina y Margarita se cogen de mis brazos; ahora oigo todos los dias su voz, de lo cual tengo gran necesidad; porque sin su auxilio hubiera ya muerto á estas horas. Las he visto con mis propios ojos, y creo en ellas como creo en la existencia de Dios. »

taban á tener paciencia, ella desesperó de su situacion, temia que la Francia Septentrional volviese á ser sometida por los Ingleses; quiso huir, pero no lo consiguió; se tiró desde una ventana, pero no logró matarse, y estaba encadenada ó abandonada á los insultos de viles carceleros que tentaron hasta quitarle la virginidad, que tan celosamente había conservado bajo su cotelete. Los profesores de la univesidad de Paris secundando el deseo de los extranjeros y los mandatos del cardenal de Winchéster, verdadero rey de Inglaterra, condenaron á la libertadora de Francia, y Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, temiendo la legalidad de la Inquisicion, trató de impedir la continuacion del proceso en que se la acusaba primero de magia y despues de herejía, y cuyo resultado se sabia ya. Las actas que existen (1) nos manifiestan por qué medios tan absurdos fué presentada como reo, haciendo que los escribanos apuntasen solo lo que podia denigrarla. Carlos VII, olvidándose vilmente de su honor ó de la gratitud, y adhiriéndose á los señores á quienes Juana había hecho sombra y á Ines Sorel que temió llegara á ser rival suya, abandonó á aquella jóven á quien era deudor de la espada real, y la dejó entregada á sus enemigos, que eran jueces y parte sin presentar ni una protesta, ni un abogado. Sin embargo, la vírgen, en presencia de jueces taimados y desleales, respondió con claridad y precision (2), y proclamó altamente su mision, profetizando la libertad de Francia. — Santo patriotismo que no sucumbía ante la peor de las pruebas, la de verse desconocido.

Todos los infames medios de la sugestion fueron empleados (3); hasta se presentaron dos

(1) El proceso completo fué publicado por la Sociedad de la Historia de Francia; el último tomo contiene testimonios de escritores contemporáneos.

(2) P. ¿Qué bendiccion hicisteis ó hicisteis hacer sobre vuestra espada?

R. No dije ni hice decir ninguna. Tenia mucho afecto á mi espada porque la había encontrado en la iglesia de Santa Catalina á quien tanto quiero.

P. ¿Qué preferiais llevar, el estandarte ó la espada?

R. Prefiero cuarenta veces mas llevar el estandarte y lo llevaba yo misma al atacar al enemigo para evitar que matase á alguno; y no he dado muerte á ninguno.

P. ¿Fundabais la esperanza de vencer en vuestra estandarte ó en vos?

R. La fundaba solo en Nuestro Señor.

P. ¿Si le hubiese llevado otra persona, hubiera tenido igual fortuna?

R. No lo sé; el Señor lo sabrá.

P. ¿Por qué fue llevado en la coronacion en la iglesia de Reims, y no el de otro capitan?

R. Mi estandarte había estado en el peligro, justo era que fuese honrado.

P. ¿Haciais creer á las tropas francesas que este estandarte era señal de buena fortuna?

R. Yo no hacia creer nada: solo decia á los soldados franceses: *Penetrad con valor entre los Ingleses*; y entraba yo misma.

Reconviniéndole por haber tratado de escaparse dijo: « Si, lo he hecho, y es una cosa licita á un prisionero. Si hubiera conseguido escaparme, no hubierais podido acusarme de haber faltado á la fe porque nada había prometido. »

(3) Es admirable en una jóven tan sencilla el arte con que rompía los lazos que la tendian evidentemente con el fin de hacer ver su culpabilidad en sus mismas respuestas. La preguntaron: « ¿Creéis estar en estado de gracia? » Si respondia que sí, se la podia tachar de presuntuosa, y diciendo

testigos para que descubriesen lo que confiaba en confesion á un fraile, y habiéndola este sugerido la idea de apelar á un concilio general, ella preguntó qué era un concilio general, y despues que lo supo, lo hizo gustosa invocando al papa. Cauchon no hizo caso de un recurso que anulaba todos sus procedimientos, diciendo: *El papa está lejos*: por otra parte el papa, protector de los inocentes, ¿no había sido abofeteado? Dijeron á Juana que el único medio de salvacion era abjurar; ella preguntó qué era abjurar, y se negó á ello, sosteniendo que eran verdad sus revelaciones; ni aun quiso decir *me parece*, porque repugnaba esta frase á la persuasion en que vivía.

Sin embargo, se deshacia en deseos de libertad, de vida; no podia creer que Dios la hubiese abandonado y que no debiera salvarla con un milagro. La presentaron un papel, diciendo que era la promesa de no volver á llevar armas ni vestidos de hombre, y la hicieron signarle con una cruz (porque no sabia leer ni escribir); pero aquel papel era una retractacion en que confesaba que era hereje, cismática, idólatra y hechicera. En atencion á esta *deposicion espontánea* el obispo la condenó á prision perpétua, al pan del dolor y al agua de angustia. Una noche la escondieron la ropa que la habían mandado usar; de modo que para cubrir su virginal desnudez, tuvo que ponerse unos vestidos de hombre que habían dejado en su prision; lo cual bastó, para que como hereje reincidente y hechicera fuese condenada al fuego (1). Reanimóse todo

que no, confesaba que era indigna de ser un instrumento de Dios. Respondió pues: « No lo sé; quiera Dios concederme tal estado, y si lo estoy, Dios me conserve en él. »

P. ¿Estaba desnudo San Miguel cuando se os aparecía?

R. ¿Creéis que Nuestro Señor no tenga con qué vestirle?

P. ¿Santa Catalina y Santa Margarita odian á los Ingleses?

R. Aman á los que ama Nuestro Señor, y odian á los que este odia.

Y cuando la hablaban de la iglesia triunfante y de la militante, distinciones que ella ignoraba, y en lo cual era poco menos que imposible decir una palabra que no pudiese interpretarse por herejía, respondia: « La iglesia y Nuestro Señor son una misma cosa... Vine á presentarme al rey de parte de Dios, de la Virgen María, de los Santos de la Iglesia victoriosa de allá arriba; á esta me someto yo, y someto lo que he hecho y haré. »

(1) El carro y la doncella habían llegado al lugar del suplicio en el mercado viejo cerca de San Salvador, y el que oía las devotas preces con que Juana recomendaba su alma á Dios y á los Santos, y el arrepentimiento con que se acusaba de los pecados mas veniales, no podia contener las lágrimas.

La multitud era inmensa. Se habían levantado tres palcos para los jueces, los prelados y los personajes, y cerca de la hoguera el de la doncella. Asistían los Ingleses y Franceses de elevada posición, y con ellos Pedro Cauchon y Juan Le-Maistre, con once asesores del tribunal, pero el pueblo miraba indignado esta triste escena, conociendo que allí se consumaba una enorme iniquidad.

Entonces Nicolas Midy principió un sermón que tenia por tema: *Cuando padece un miembro, padecen todos los demas*; y dijo que la Iglesia había ya perdonado una vez las culpas de Juana, pero que entonces creía que no debía ya defenderla, y la arrojaba de su seno. *Juana oyó con paciencia y resignacion este discurso, que concluyó así: Juana, id en paz, la Iglesia no puede ya defenderos, y os entrega á la justicia temporal.*

La jóven, sin esperar esta exhortacion, apenas hubo concluido el predicador, se puso de rodillas, pidiendo fervorosamente su

su valor en presencia de la muerte. Encendieron en el mercado de Ruan una hoguera altísima para que todos la viesen, cubierta de greda

gracia á Dios y á los Santos, especialmente á aquellos que la habían dirigido por los senderos de la vida, y recordando las palabras del Señor moribundo, pidió perdón á todos los hombres, amigos y enemigos, del mal que los hubiera podido hacer; así como ella perdonaba á todo el que la hubiese hecho alguna injusticia. Rogó despues al pueblo que la tuviese presente en sus oraciones, y á los sacerdotes que allí había que dijese una misa por su alma.

Entonces mismo, cuando la hoguera estaba esperando para ser el premio de tanta lealtad y devocion, acordándose siempre de su rey, y celosa de su honor, exclamó de modo que lo oyese todo el pueblo: *De lo que yo hice, sea bueno ó malo, él no tiene culpa alguna*. Al rey consagraba el fruto y el esplendor de sus victorias, para si no queria mas que la infamia y los sufrimientos.

Estas eran las palabras de Juana en presencia de la muerte; de este modo pedia perdón á los mismos que, por medio de tan negra injusticia, habían atormentado su alma, y puesto en tortura su cuerpo. Estas dulces y sublimes palabras penetraron como una cortante espada en todos los corazones, y todos, amigos y enemigos, y hasta los mismos jueces, rompieron en llanto. Fué aquello el triunfo mas hermoso que pudiera conseguir Juana, en el momento en que libre de odios y rencores, en el brillante esplendor de un alma pura, se acercaba á la hoguera, como el arcángel Miguel que pisoteó al dragon, y con los ojos vueltos al Cielo dirigia á la tierra palabras de paz y de perdón; triunfo mas brillante aun que aquel en que rodeada de los caballeros mas valientes, entre el sonido de las trompetas y los gritos de alegría de un pueblo entero, plantaba la triunfante bandera en la última torre de Orleans, y era saludada como la heroína y la salvadora de Francia. Entonces corria á torrentes la sangre de los vencidos enemigos; ahora eran las lágrimas de los vencedores las que caian sobre su victima humillada y condenada á muerte.

Segun la antiquísima costumbre de la Iglesia, que prohíbe la efusion de sangre á la potestad eclesiástica, el castigo de Juana había sido pedido á la autoridad temporal. Habiera sido justo que esta examinase la causa para averiguar hasta qué punto Juana había violado sus leyes, y si verdaderamente era digna de la clemencia impetrada; pero no se hizo nada de esto: otro de los abusos que se encuentran con frecuencia en los procesos llamados *de fe*. No se dió ninguna otra sentencia, y la jóven fué entregada inmediatamente al verdugo, que estaba ya preparado.

Juana pidió una cruz para tener ánimo y valor en la última batalla. Un piadoso Inglés la hizo una en un momento con su propio bastón, y ella la aceptó con gran respeto, y estrechándola contra su pecho entre sus vestidos, la besaba, invocando en su llanto al Dios que murió por ella en una cruz siendo inocente. Despues suplicó á Fr. Isamberto y á uno de los dependientes del tribunal, que le llevasen la cruz de la iglesia próxima, y que la tuviesen alzada delante de ella, para que pudiese mirar el rostro del Redentor crucificado hasta dar el último suspiro. Y cuando el cura la llevó aquella cruz, la abrazó llorando amargamente y encomendándose á Dios, al arcángel San Miguel y á Santa Catalina, su principal abogada.

Pero esta piadosa escena pareció demasiado larga al furor de la impia soldadesca, que pidió que le fuese entregada Juana, y gritó amenazadora contra el dignatario de la curia que seguia animando á Juana desde su tablado: « Maestro Juan, ¿qué esperas? ¿Quieres que estemos aquí hasta la hora de comer? » A aquellas voces, sin que los legítimos jueces temporales pronunciasen sentencia alguna, fué entregada al verdugo con estas palabras: *Haz tu deber.*

Entonces se acercaron á ella dos ayudantes del verdugo para sacarla del tablado; ella abrazó por última vez la cruz, saludó á los espectadores, y bajó acompañada solamente de Fr. Martin. Algunos Ingleses la siguieron, y con feroz impetu la arrastraron hasta la hoguera; mientras ella en medio de oraciones y gemidos pronunciaba el nombre de Jesus, y exclamaba en tono lastimero: *¡Ruan! ¡Ruan! tú eres mi última morada*. Aquellos lamentos llegaron á conmovér á los asesores del tribunal, que creyendo oír su propia condena, se marcharon aterrizados del lugar del asesinato, lo cual fué un acontecimiento verdaderamente singular en aquellos tiempos de guerra larga y feroz, en que el corazón de los hombres estaba educado y endurecido en las escenas y crímenes mas espantosos.

La pusieron en la cabeza la caperuza, en que estaban escritos sus pretendidos delitos; en una tabla próxima se lefian los errores ó crímenes de que aquellos jueces infames la habían hallado culpable.

1431. para alargar el suplicio; última venganza de los Ingleses. ¡Ah! Los Ingleses debían obstinarse en castigar á una niña que les había infundido miedo; debían obstinarse en demostrar que habían tenido miedo, no de ella, sino del diablo que la dirigía. Nicolas Oiseleur, que faltando á lo sagrado de la confesion la había sugerido respuestas en que se condenaba á sí misma, quiso acercarse á ella para confesarle su infamia y arrepentimiento; pero fué rechazado, y Juana, espiró, no sé si dudando del rey, de los Santos, de su patria, pero sin quejarse de ellos, y repitiendo el nombre de Jesus y de su ángel de guarda.

1435. Había principiado su misterio con una vision y le concluyó con el martirio; nunca separó la causa de la nacion y del rey de las órdenes del Cielo. Veinticinco años despues, á peticion de Carlos VII, y con anuencia del papa Calixto III, fué examinado el proceso y declarado nulo é inícuo; pero la heroína había muerto y la justicia humana no podía hacer mas que declararla inocente y exponerse de nuevo al peligro de errores irreparables (1).

Suplicó al sacerdote que bajase del tablado y tuviesealzada la cruz delante de ella, y que continuase en voz alta sus consuelos y oraciones en el último trance. En aquel momento se acercó á ella otra vez Pedro Cauchon. Juana, que había perdonado á todos sus enemigos, rodeada de llamas trató de hablarle por última vez, conmoviendo con sus últimas palabras la conciencia del juez inícuo.

« ¡ Ah, muero por vos! porque si me hubiérais encerrado en las prisiones de la Iglesia en vez de entregarme á mis enemigos, no estaría yo ahora aquí. ¡ Ah! Ruán, temo que mi muerte sea para ti causa de dolor. »

En fin, cuando el humo y el fuego la envolvieron completamente, pidió un poco de agua bendita, invocó por última vez el socorro del arcángel San Miguel y de los demas Santos; dió gracias á Dios por los favores que la había dispensado; y despues vencida por las llamas, é inclinando al suelo su cabeza moribunda, envió desde la hoguera al Cielo las últimas palabras que oyeron hasta los espectadores mas distantes: ¡ Jesus! ¡ Jesus! ¡ Jesus!

Fué una cosa digna de admiracion el que por mas aceite, carbon y azufre que echó el verdugo sobre el corazon y los intestinos de la doncella, la llama no tuvo nunca fuerza para quemar el corazon segun resulta de las deposiciones juradas del verdugo, que lleno de espanto lo tuvo por milagro. Entónces el cardenal de Inglaterra mandó que el corazon, las cenizas y cuanto quedase de ella fuese arrojado al Sena, á fin de que no se conservase ni aun un recuerdo á que pudiesen dedicar las gentes su veneracion.

Así murió la virgen de Orleans, así espiró la heroína que se ofreció como victima por la Francia, y á quien debe su pueblo el contarse en el número de las naciones libres é independientes. Y aunque la arrastraron á semejante muerte indignos ministros de la Iglesia, que vendían á Dios y á la Iglesia, así como los falsos apóstoles habían vendido al Señor, no obstante permaneció siempre devota de la Iglesia, y no la acusó de los crímenes que sus indignos ministros habían cometido en su nombre. Ni aun perdió su amor á la patria, aunque eran Franceses los jueces que la castigaban por sus faltas, ni pensó nunca hasta el momento de la muerte en violar la fe que había prometido al rey, á pesar de que este con una vil ingratitude la había abandonado. Bajo este aspecto, Juana puede presentarse como un símbolo del mas sublime y cristiano sacrificio de la vida. — GORRES.

(1) Cuando pensamos que la Francia debe á Juana el mayor bien que puede poseer una nacion, nos indignamos al recordar que en la misma Francia fué objeto del escarnio de la insultante filosofia del siglo pasado, y que el patriarca de esta le dirigió una epopeya, sarcasmo vil y sucio, lleno de diatribas y de impiedad, y que el siglo iluminado aplaudió aquel triple sacrilegio de religion, de patriotismo y de justicia. Nuestro siglo libró á la heroína de la docta negligencia y de la impía soberbia del siglo pasado, y ademas de los historiadores gene-

El amor patrio que Juana había despertado no murió con ella; los Franceses volvieron sus ojos á los representantes de la independencia nacional. El duque de Borgoña se reconcilió con los Armagnacs y con Carlos VII, el cual volvió á entrar en Paris; la guerra continuó con la debilidad causada á ambas partes por sus grandes esfuerzos; pero al fin fueron tomadas la Normandía y la Guiena, y segun la profecía de la doncella, expulsados los Ingleses, que solo conservaron á Calais, su territorio y el título de reyes de Francia. Todos los años el día primero cuando en San Pablo de Lóndres el heraldo de armas, en presencia de la corte y de los ministros extranjeros, proclamaba todos los títulos de su señor, al llegar al de *rey de Francia* arrojaba un guante que recogía el embajador frances; esta ceremonia se continuó hasta la paz de Amiens en 1803.

Las victorias de los Franceses fueron debidas mas bien á las discordias de los Ingleses que al mérito de aquellos. La invasion había roto en Francia la unidad, y despoblado los campos por los que andaban los lobos libremente; en todas partes los soldados mercenarios hacían la guerra á los habitantes inermes; solo había hambre, peste, indisciplina; los barones ingleses, que habían recibido en feudo las nuevas adquisiciones, no habían hecho mas que despojarlas y enviar á la isla todo lo bueno.

Los príncipes de la sangre, reconviéndose á sí mismos de estos males, formaron una liga con el nombre y bajo el pretexto del *bien público*, la cual sedujo al conde de Dunois, uno de los mas distinguidos caballeros de aquella época, y al delfín Luis, que pidieron el remedio para estos males, como si hubiese otro mas que la union y el expulsar enteramente á los extranjeros. Carlos tuvo que reducir á unos al arrepentimiento y á otros á la sumision por medio de las armas; pero el delfín, situado en el país que le daba el título, le oprimía, y desobedecía las órdenes de su padre, que tuvo que armarse de nuevo contra él. Estas amarguras, otras conspiraciones, la muerte de Ines de Sorel, los desór-

rales, hablaron especialmente de ella CHAUSSART, *Jeanne d'Arc. recueil historique et complet*. Orleans, 1806, 2 t. — LEBRUN DE CHARMETTES, *Hist. de Jeanne d'Arc, tirée de ses propres déclarations, de 144 dépositions de témoins oculaires et de mss. de la Bibl. du roi et de la Tour de Lóndres*, 1837, 4 t. — JOLLOIS, *Hist. abrégée de la vie et des exploits de Jeanne d'Arc*. Paris, 1824. — BERRAIL SAINT-PRIX, *Jeanne d'Arc ou coup d'oeil sur les révolutions de France, etc.* id., 1837. Un anónimo inglés. *Mem. of J. d. A. With the history of her times*. Lóndres, 1824, 2 t.; despues Pedro Dumenil, F. G. Wetzel, Roberto Southey, Schiller repararon en sus versos los agravios que habían hecho á Juana Shakespeare, Hume y Voltaire. Pueden verse ademas el artículo de WALCKENAER en la *Biographie Universelle*, GUIDO GORRES, *la Doncella de Orleans, obra sacada de las actas del proceso y de las crónicas contemporáneas*. (alem.) Regensburg, 1834; MICHAUD y POJOULAT, *Notice sur Jeanne d'Arc*. Paris, 1837. Los autores de la *Enciclopedia* que pretendían explicarlo y aclararlo todo, confesaron que en la historia de Juana había algo de maravilloso. Michelet, en el tomo VII de la *Historia de Francia*, la hace pasar por un juego de la corte en la cual era engañada la misma Juana. A este pueril comentario había contestado hace 400 años el Italiano Gobellini, ó mas bien el papa Pio II en las memorias publicadas bajo el nombre de aquel.

4450. denes á que le habituaba la Villequier, su nueva amante, que para tenerle encadenado le presentaba otras jóvenes, y el temor de ser envenenado por su hijo, acortaron la vida de Carlos. Dejó consolidada la monarquía que encontró descompuesta, y la Francia puesta al nivel de las primeras potencias de Europa. Conociendo el valor de los Suizos, principió con ellos aquella alianza que despues debía perpetuarse. Añadió á la corona muchas posesiones, principalmente la Guiena, que unía el Norte con el Mediodía de Francia, y no sobrevivían ya de los grandes feudos mas que los ducados de Bretaña y de Borgoña y las posesiones de Renato de Provenza. No bastando ya el parlamento de Paris, se estableció otro en Tolosa para las provincias del Languedoc (1443). Las rentas del reino en tiempo de Carlos llegaron á un millon ochocientas mil libras (fr. 11.627,000).

El hecho mas importante del reinado de Carlos fué la nueva organizacion del ejército. Licenciadas las tropas feudales, los reyes se valían solo de mercenarios, cuyo mantenimiento era uno de los mayores obstáculos para los gobiernos de aquel tiempo. La cantidad que habían fijado los Estados Generales no bastó en tan larga guerra, y si se retardaban las pagas, aquellos saqueaban las tierras sin distincion de amigos ni enemigos. Carlos, pues, siguiendo el ejemplo cuya iniciativa dió Duguesclin, propuso reunir los diversos cuerpos en un ejército regular fijando un sueldo, con una disciplina rigurosa y distribuyéndolos en las plazas. Fué bien recibida esta reforma y se estableció una contribucion permanente para dar los fondos necesarios al rey, el cual con rigor y constancia libró á la Francia de la calamidad de las tropas mercenarias, que hacía tanto tiempo tenían el derecho de devastar el país. Conservó de ellos nueve mil hombres para incorporarlos al ejército, y envió á sus casas á los demas Armagnacs, como se llamaban los mercenarios, amenazándoles con la horca si causaban algun disturbio en lo futuro, y olvidando los desórdenes pasados. Vino á ser, pues, la guerra un asunto del rey; él nombraba los capitanes, y estos, lo mismo que los señores, eran responsables de lo que hicieran sus dependientes; el que cometía algun abuso podía ser preso y muerto por los paisanos.

## CAPÍTULO IX

Luis XI.

La expulsion de los Ingleses había sido un acto nacional, en el cual habían tomado parte tanto la nobleza que se dejó matar, como el pueblo representado por Juana de Arco, objeto de la aclamacion del vulgo y de las sospechas del rey. Entónces, pues, se formó el espíritu nacional, no llamándose ya los hombres por el nombre de tal feudo ó de tal Comun, sino Fran-

ceses, en oposicion de los Ingleses; se dió unidad al territorio, á la justicia y al gobierno, que no se trató de que fuese bueno, sino de que fuese nacional.

La grandeza que adquirió la monarquía francesa se convirtió en tiranía en tiempo de Luis XI. En vida de su padre había este intrigado con los príncipes descontentos, por lo cual se había visto condenado al destierro; pero en él aprendió las partes que empleaban los jóvenes de su país, y subió al trono con el conocimiento de los grandes, el sentimiento de su inquietud y el deseo de humillarles (1), cualesquiera que fuesen los medios que tuviese que emplear. Así viste pobremente, tiene á su alrededor gente de baja esfera, un lacayo le sirve de heraldo, el barbero de gentil-hombre de cámara; cuando llama, se presenta el ejecutor de la justicia, y usurpa los derechos de caza de los señores, que era la mayor ofensa en aquellos tiempos. Asiduo en los negocios, despreciador del fausto, profundo en el arte de las personas y en valerse de las mas propias, largo en prometer y conceder porque estaba dispuesto á mentir y á retraerse, sustituyó á las armas las intrigas de una política insidiosa, que carecia de todo sentimiento caballeresco, como lo anunciaba su divisa: *Donde hay provecho hay gloria*; y su frecuente dicho: *Cuando el orgullo camina delante, la vergüenza y el daño vienen detras*.

Llevaba en el gorro una pequeña Virgen de plomo, y la invocaba en todas sus necesidades, en todas sus dudas, en todos sus crímenes; juraba por las reliquias que tenía siempre á su lado; pero su conciencia no le impedía ser perjuro, con tal que no lo hubiese prometido por la cruz de San Laud, en la cual había puesto un pedazo de la santa Cruz. Esta perfidia en sus palabras y acciones era causa de que solo le rodease gente malvada, en lo cual ponía su confianza, y vendido por estos, en vez de corregirse, se hizo sospechoso á todos los buenos y se obstinó en obrar por sí solo. Queriendo saber lo que de él pensaban tanto los extranjeros como sus súbditos, creó una policia inquisidora que corrompió la nacion; queriendo ser temido, vivió en continuo temor, ni aun enseñó á leer

(1) « Á mi parecer los disgustos y trabajos que pasó en su juventud, cuando huyendo de su padre se refugió con el duque de Borgoña, le ayudaron muchísimo; por espacio de seis años enteros se vió obligado á complacer á aquellos á quienes necesitaba todos los días. Pero así que se engrandeció y fué coronado no pensó mas que en vengarse, lo cual fué causa para él de muchas incomodidades, y despues de arrepentimiento; porque Luis, conociendo el error, le enmendó acariciando y privilegiando á los ofendidos. Y en verdad, no creo yo que si hubiera sido educado en Francia, hubiese llegado nunca á tan alto punto, pues la juventud del reino no aprendía mas que hacer locuras en sus vestidos y en sus palabras, sin ningun conocimiento de las letras, y sin tener á su lado ningun hombre sabio y prudente. Se habla generalmente de lo que ocurre á ciertos gobernadores que tienen al lado, y estos disponen libremente lo que quieren. Hay algunos señores que apenas tienen 13 francos de renta, y cuando se quiere tratar con ellos suelen decir: *Hablad á mis criados*, creyendo que con estas respuestas imitan á los grandes príncipes. Así he visto muchas veces á sus criados disponerlo todo en provecho suyo, haciendo parecer bestias á sus señores. » COMMINES, T. 1, 10.